

Max

Francesc Capdevila, conocido como Max, es un autor de historietas, ilustrador y editor español. Ha tocado prácticamente todos los campos de la actividad gráfica: ilustración, diseño y cómic. Ha demostrado ser capaz de moverse en todos los registros y géneros siempre con una inusitada sensibilidad y una potente voluntad de ruptura y experimentación.

El hombre de la sonrisa desarmante

Armin Abmeier es un editor en el sentido más clásico y noble de la palabra. Alguien que deja su impronta en la colección que dirige, pero también alguien que, lejos de imponer sus ideas, dialoga con el autor, trabaja codo a codo con él, lanza sugerencias y consejos... Alguien que, sobre todo y por encima de todo, confía enormemente en el autor.

Tuve ocasión de comprobarlo cuando me invitó a hacer un volumen para "Die Tollen Hefte". Un lujo para cualquier ilustrador. Salvo el formato y el número de páginas, todo lo demás quedaba en mis manos: la elección de tintas, el diseño gráfico, la portada, las tipografías...

Me consta que Armin se tomó su tiempo buscando un texto adecuado para mí. Varios meses después de haber apalabrado mi participación en la colección, me hizo llegar un relato breve de Bukowski, inédito en lengua alemana. El relato no me resultó demasiado inspirador –nunca he sido un devoto de este autor– así que me atreví a hacer una contrapropuesta.

Hacia ya un par de años que había leído en *Babelia* un relato del argentino Marco Denevi, que me dejó profundamente tocado. Escrito en 1967 a petición de Alberto Manguel para un volumen colectivo, *Un perro en el grabado de Dürero* titulado "El caballero, la muerte y el diablo" es uno de esos relatos que corta el aliento. Y no sólo por la longitud del título, ni tampoco por el hecho de que todo él sea un prolongado párrafo sin puntos. El tema del relato –la guerra, todas las guerras– y su tratamiento son escalofriantes. Pocas veces un texto ha sacudido tal torrente de imágenes en mi cabeza.

Denevi es apenas conocido en España. Armin tampoco había oído hablar nunca de él. Comprobó que el relato estaba inédito en alemán y confió lo suficiente en mí como para encargarme una traducción incluso antes de saber si el relato podía encajar en su colección. Y eligió para ello a una de las más prestigiosas traductoras del español en Alemania, Elke Wehr.

Unos meses después Armin me escribió entusiasmado con el texto. Fijamos una fecha de entrega y empezamos a debatir cómo iba a ser el libro. Pero aún iba a intervenir en el libro otro magnífico editor. Yo estaba empeñado en que el libro saliera también en castellano, así que me dirigí a Media Vaca. Si alguien aquí podía entusiasmarse con ese proyecto era Vicente Ferrer.

Empezó entonces un interesantísimo y enriquecedor proceso de trabajo a tres bandas. La particularidad del relato de carecer de puntos y mantener un ritmo endiablado nos obligaba a buscar una solución novedosa para el encaje de imágenes y texto. Descartado de común acuerdo el modo tradicional de ir acomodando dibujos y texto entrelazadamente, había que estrujarse los sesos para encontrar una solución satisfactoria. No puedo estar seguro ahora mismo de quien lanzó la idea primero, aunque creo que fue Armin: separar radicalmente las imágenes del texto, al objeto de que aquellas pudieran constituirse autónomamente en su propio ritmo. Y, además, dar primero los dibujos y colocar el texto como cierre del libro. No conocíamos precedentes ni podíamos imaginar muy bien cómo iba a ser recibida tal innovación por el lector, pero los tres estuvimos de acuerdo en que valía la pena intentarlo.

A partir de ahí la carga del trabajo recayó en mí. Yo iba lanzando bocetos, algo a ciegas, lo confieso, pero insinuando una línea narrativa global en su secuenciación, y a partir del *feedback* de Armin y Vicente iba descartando unos y mejorando otros. Tanto Armin como Vicente aportaron mucha luz a mis erráticos ensayos. Sin ellos como guías, el libro hubiera sido otro. Y peor, de eso no me cabe ninguna duda. Haré notar aquí que Vicente fue mucho más duro y directo conmigo en sus críticas que Armin, seguramente porque había más confianza. Sin embargo Armin no dejaba de expresar sus reparos con una delicadeza y una cortesía abrumadoras. No



negaré que hubo días en que me resultaba insoportable tener a dos editores inteligentes y con criterio encima de mi trabajo. Hubo también momentos tensos y difíciles en los que tanto Vicente como yo, por distintos motivos, estuvimos a punto de abandonar. Pero ahí estaba Armin, con su bonhomía, su paciencia y su sonrisa omnipresentes, para devolvernos la fe en el proyecto.

Acabé con el tiempo justo para ir a Mú-nich a entregar el libro a imprenta y corregir las primeras pruebas impresas. El libro se imprimía en cinco tintas pantone, nada de cuatricromía, así que había que afinar mucho a pie de imprenta. Armin y su mujer, la magnífica ilustradora Susanne Rotraut Berner me acogieron inmejorablemente en el estudio de ella. En su mesa de trabajo dibujé el póster que incluye el libro. Armin fue mi intérprete en la dura negociación con los maquinistas de la imprenta, compartimos días agotadores en los talleres, buenas cenas y paseos vespertinos por la ciudad. Allá donde ya no llegaba el dinero de la editorial, Armin estaba siempre dispuesto a ponerlo de su bolsillo. Y yo regresé a casa, pero Armin

y su desarmante sonrisa se quedaron a pie de imprenta para vigilar que todo saliera como debía.

No olvidaré la amabilidad y la generosidad y calidez en el trato de Armin y Susanne. Tampoco la envidia que me provocó la fantástica biblioteca de su casa: allá está todo el arte y toda la ilustración y el cómic del siglo XX. Primeras ediciones de los surrealistas que quitan el hipo, volúmenes raros de ignotos maestros del Art Brut, joyas de la edición ilustrada... Podría haberme quedado allá meses y meses, curioseando y aprendiendo.

Finalmente, *Un perro en el grabado de Dürero titulado "El caballero, la muerte y el diablo"* ha sido mi mejor trabajo como ilustrador. Y debe considerarse una injusticia que Armin y Vicente no lo firmen también como coautores, pues sin sus aportaciones jamás habría sido lo que es: un ejemplo resplandeciente de que la colaboración creativa entre autor y editor puede no ya sumar, sino multiplicar. Y una lección de humildad para alguien que, como yo, siempre había desconfiado de la ingerencia del editor en el trabajo creativo del autor. ◀▶

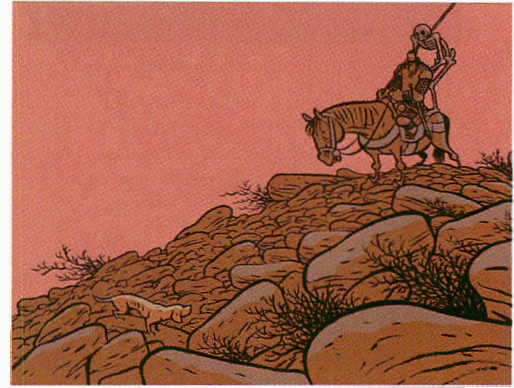
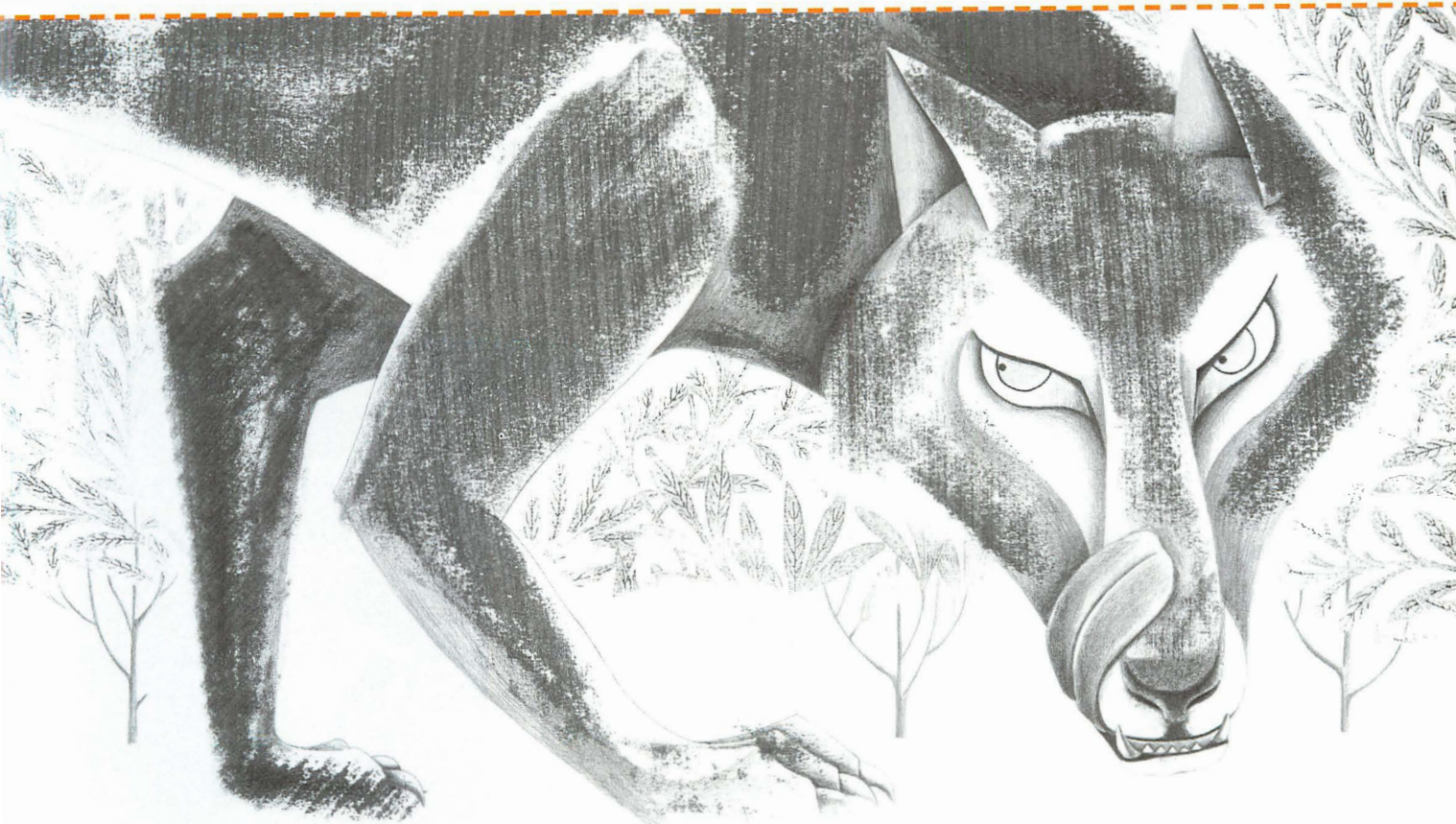


Ilustración interior de *Un perro en el grabado de Dürero titulado "El caballero, la muerte y el diablo"* © Max



EDICIONES
ekaré

Otros libros, otros acentos, otros sabores